

PLANIFICACIÓN, ORDENACIÓN Y DESARROLLO DE ESPACIOS RURALES

JOSÉ REÑONES DÍAZ

En los últimos años venimos asistiendo a un enorme desarrollo del medio rural, potenciado por una visión -acompañada de muchos y variados medios- de la Política Agraria Comunitaria (PAC), que ve el mantenimiento y progreso de los pueblos como algo imprescindible para la sociedad entera, diversificando los ingresos de sus habitantes con otras formas diferentes a la agricultura y ganadería (como son las propias de la hostelería, trabajos artesanales o multitud de servicios), e interviniendo en la necesidad de planificación, ordenación y desarrollo de todos sus pueblos, especialmente en los pequeños núcleos rurales.

El Pueblo.

Por diversos medios, todos nosotros convencidos de las enormes potencialidades de estos lugares, así como de las posibilidades que nos ofrecen de una mejor calidad de vida (por la tranquilidad, el mejor medio ambiente, el contacto con la naturaleza, el trato con sencillas y sanas gentes que aquí se mantienen desde hace mucho tiempo, o, en su mayoría, nacidos, incluso, en estos pueblos), paulatinamente hemos ido viniendo o regresando un grupo (ya relativamente numeroso comparado con el anterior), entre los que nos encontramos personas de todas las edades, profesiones y clases sociales.

Así encontramos jubilados de la tercera edad, jóvenes, y de entre 25 a 50 años, titulados universitarios, albañiles, carpinteros, artesanos, hosteleros, pensionistas, emigrantes, etcétera, etcétera.

De esta manera, un pueblo como Santiago Millas, tradicionalmente arriero durante los últimos siglos y eminentemente agrícola en los primeros tres cuartos de éste, consumido (como tantos otros de la Maragatería), hasta su mínima expresión, con tan sólo unas decenas de habitantes (casi todos de la tercera edad), se ha ido configurando, gracias a los escasos activos jóvenes que quedaron, conjuntamente con las nuevas incorporaciones, en un núcleo rural más dimensionado, menos envejecido, -si no rejuvenecido- y, sobre todo, revitalizado en su vida social y en su economía.

Gracias al empuje de sus gentes, maragatos o no, hoy día contamos con solventes explotaciones ganaderas, un gran almacén de frutas, una oferta de equitación, diversos restaurantes de reconocida calidad dentro y fuera de la provincia (como el Mesón Santiagomillas y Casa Arturo en el Barrio de Arriba o Casa Gloria y Hospedería Guts-Muths en el barrio de Abajo), artesanos de la madera, a nivel de creatividad la de Rafael -Terra-, o la de restauración de muebles, de Paco, todos de enorme potencial; así mismo contamos con empresarios de la construcción, personas de oficios varios; y como no, citar también a tantas y tantas personas que originarios de aquí o enamorados de este pueblo, parientes, amigos y cuantos tienen el gusto de venir a conocernos, dinamizan enormemente la vida social y la economía, sea a diario, en fines de semana o vacaciones.

Pues bien, el resurgimiento expuesto de este pueblo (que bien puede ser un mero ejemplo representativo de otros muchos a lo largo y ancho de nuestra geografía rural), exige, inevitablemente, cara al futuro, un planteamiento serio, y el mejor estudio sobre su planificación, ordenación y desarrollo. De nada serviría el esfuerzo y el entusiasmo de cuantos aquí vivimos, si

luego, por otro lado, la Administración o algunos de los mismo particulares, se empeñaran en realizar actuaciones que desvirtúan, cuando no contrastan o incluso destruyen todo o parte de cuanto necesitamos conservar, mejorar o potenciar.



Puerta de casa arriera en Santiagomillas. Foto: Pablo Pérez

Bases para el desarrollo.

En la actualidad, es un hecho incuestionado en la mente de todos los ciudadanos, la necesidad del sostenimiento del medio rural, hasta en el último rincón de nuestras geografías. Para ello, resulta imprescindible el mantenimiento "in situ" de un mínimo de población que, con su actividad, lo garantice. Quien, a su vez, demanda unos mínimos de calidad de vida en estos lugares. De ahí, que las políticas de todas las administraciones, vayan encaminadas a lograr el mayor desarrollo de todas las zonas y núcleos rurales, compatibilizándolas con la mayor coherencia en la ejecución de sus actuaciones.

Santiago Millas se halla inmersa en esta dinámica de resurgimiento y potenciación, como ejemplo de núcleo rural, a través de la búsqueda de su autenticidad a todos los niveles: etnográficos, culturales, sociales, comerciales, agrícolas, etcétera. Y en esa pragmática y sentida línea de autenticidad, sus habitantes todos, vamos concienciándonos poco a poco, de la identidad permanente de valores, ideas, patrimonio y actividades a conservar, mejorar o potenciar.

Ello es así gracias a sus propias inquietudes e iniciativas, primer e imprescindible paso para que las ayudas económicas externas lleguen a completar las inversiones privadas necesarias. Así, aquí el primer paso, el que debe dar la misma población, está dado. Y, en su razón, y buenas pruebas de ello son: que las administraciones se hallan volcadas sin reservas con cualquiera de las iniciativas (Diputación, Comunidad, Leader, etcétera); la satisfacción manifestada por el cada vez mayor número de visitantes; y -especialmente significativo- la vertiginosa revalorización de los inmuebles de la localidad, en donde

cada vez resulta más difícil la adquisición de una casa, de un cerco o de un simple huerto para construir viviendas.

Condicionantes de desarrollo.

Todos cuantos vivimos en el medio rural - y muchos más, que de una u otra forma con él se hallan relacionados - sabemos de la dificultad de introducir en él cualquier cambio, novedad o innovación técnica, cultural, de costumbres o modos de vida.

Las gentes del campo, desde siempre, fueron personas conservadoras en su mentalidad y en sus acciones; probablemente, porque sus vidas, con las de su prole y progenitores, dependían básicamente, en su generalidad, de ellos mismos. El campo admitía pocos errores, mientras que en él podían influir negativamente muchos factores adversos; y no sólo medioambientales, sino también socio-políticos, religiosos, etcétera. Todo estaba controlado menos el clima y, por eso, cualquier desastre en la cosecha abocaba a las gentes a una dependencia aún mayor de quienes dirigían tales sociedades agrarias.

Éstas pudieran ser las razones de las dificultades que, aún hoy, finalizando el siglo XX nos encontramos a la hora de introducir o variar algo en el espacio rural. Nuestros mayores de hoy, nacidos en el primer tercio de siglo, nacieron y vivieron en y de aquel medio y sistema. Por eso continúan siendo conservadores, aferrados a sus esquemas heredados y aprendidos de su vida misma. Son los hombres y mujeres que -muchos- tuvieron que emigrar a las ciudades durante la etapa de industrialización habida tras la Guerra Civil. Así pudieron ver las ventajas de un salario fijo; de un hogar con sus innovadoras comodidades; de la libertad de movimientos y autonomía que daba un coche; de la eficacia del empleo del cemento en la rapidez, seguridad y altura de ejecución de las obras y edificios; del adoquinado de las calles, que sólo se cubrieron (hasta ser sustituidas) por el asfalto, al suponer éste una infinitamente menor mano de obra en su tendido y reparaciones. Allí también asimilaron las calles con sus aceras, como el resultado lógico de un tránsito vertiginosamente creciente que requería unas calzadas de canalización del tráfico rodado, y, otras -las aceras- del no menos numeroso tráfico peatonal.

Todavía hay muchos jóvenes que muestran, también, talentos si no conservadores, sí que podríamos decir "temerosos" de modificar (si quiera sea inconscientemente) las herencias y vivencias de sus mayores. Suelen ser personas que aún no han salido de la convivencia con ellos, o que dependen económica o laboralmente de ellos, o con una proximidad vivencial tal, que no puede sorprender su "amarre" con los modos

de vida y la sociedad que les viene de atrás "impuesta". La diferencia con quienes les preceden es que, éstos, en general, y, por su edad, mantienen por sistema su inamovilidad de creencias y pensamientos; en tanto que aquéllos, entendiendo a la perfección los nuevos planteamientos se dirimen en la duda (en el fondo existencial), de la emancipación (al menos intelectual) que supone contradecir públicamente la opinión del padre.

De similar manera aún se pueden observar a muchos mayores que siguen pensando

que no es bueno contradecir o desairar a las autoridades locales, o incluso, puede ser bueno darles su apoyo para jugar ese antiguo trueque del "toma - y - dame", entre votos o apoyos, con licencias o cosas más materiales.

Cambios de progreso.

Por fin, tras la meditación de todos los considerandos expuestos, estaremos en condiciones de retomar el planteamiento que nos hacíamos al principio ante las dificultades de introducir en el campo cualquier modificación. Porque, si una persona se mantiene toda la vida en su pueblo o retorna a él tras una larga ausencia, o simplemente se incorpora como un nuevo vecino: ¿por qué? Porque ese pueblo le resulta -o le sigue resultando a pesar de los años- atractivo. Y siendo así, por eso mismo todos debemos pensar sería y responsablemente como deben ser nuestros pueblos cara al futuro, para que nuestros hijos sientan permanentemente ese mismo atractivo, y si es posible (¿por qué no?) no tengan nunca la inquietud ni se vean en la necesidad de abandonarlos.

Tales dificultades al introducir en el medio rural cualquier modificación, normalmente, se han salvado escogiendo a alguna/s persona/s, familia/s o grupo de especial relevancia e influencia en el lugar donde se pretende implantar. Así, la visión del hecho real y de los resultados positivos obtenidos por aquella persona o grupo de progreso, suelen ser lo suficientemente convincentes para que la medida tomada, termine siendo asumida y adoptada por todos los afectados.

Tradicionalmente, la vía del cambio ha sido la clase dominante: familias de mayor poder económico o estatus social en el pueblo, que eran quienes, comúnmente, tenían mayor acceso a la educación, a la cultura y los viajes. Siempre, claro está, previo tamizado y adquisición de las autoridades locales políticas y religiosas.

Hoy en día, sin embargo, las cosas han ido cambiando; aquella dominación o prevalencia de un reducido círculo de personas se van diluyendo social y económicamente y la extensión de la educación, de la cultura y de la movilidad geográfica son ya realidades posibles para todos los estamentos de la población.

De ahí que sean, ahora, prioritariamente la juventud del lugar y la gran mayoría de quienes vienen a vivir o regresan al núcleo rural, quienes se constituyen en los verdaderos motores de cambios, innovaciones y costumbres. De hecho,



Pueblo de la montaña occidental leonesa

Foto: Pablo Pérez

todos cuantos se han desplazado y vivido en las grandes ciudades, y que acaban deviniendo en los núcleos rurales, aportan sus contrastables conocimientos, sus experiencias profesionales mucho más avanzadas y una visión con unos valores más amplios y menos contenidos; los cuales en suma, están impulsando aceleradamente a un progreso más abierto, sólido, dinámico y equilibrado entre todos los componentes de cada espacio rural.

Ellos son quienes, con sus amplios y variados puntos de contraste y referencia, son capaces de definir y resaltar cuantos aspectos, valores, ideas, patrimonio o actividades conviene conservar, mejorar o potenciar, en esa pragmática y sentida línea de búsqueda de autenticidad a todos los niveles, que es preciso desarrollar dentro de la dinámica de resurgimiento y potenciación en que se hallan inmersas todas las zonas rurales.

Por todo ello, permitir y facilitar la puesta en práctica de cuantas ideas o acciones planteen tales personas o grupos de progreso, es tarea y actitud necesaria y suficiente por todos cuantos defendemos o vivimos en ese medio, cuanto más por la propia Administración Local correspondiente.

Y, para eso, siempre es conveniente la meditación personal y el debate sereno, tolerante, desinteresado, responsable y positivo de los vecinos, visitantes y administraciones implicados en las acciones a desarrollar.

Planificación y Ordenación.

La base del desarrollo de todos los espacios rurales está en la permanente búsqueda de su autenticidad a todos los niveles: sociales, agrícolas, medioambientales, monumentales, etnográficos, comerciales, gastronómicos, deportivos, etcétera, etcétera.

Tanto es así, que la máxima para cualquier núcleo rural podría ser: "Queremos ser pueblo, esto no es una ciudad". Por ello conviene resaltar que quizá nuestra mayor riqueza sea, precisamente, el legado de nuestros antepasados: su historia, su cultura y, especialmente, la arquitectura monumental o singular de las casas, calles y entorno de muchas de nuestras comarcas (como es el caso de la Maragatería, por ejemplo).

Y es, en este último apartado, en donde hay que hacer ver las enormes herejías que, en muchas de ellas, se vienen haciendo sin que nadie ponga reparos a ello: desde colores inadecuados,

tejas impropias, ladrillos o enfoscados de fachadas inconvenientes, empleo de uralitas en tejados, encalados de fachadas, casas enteras de nueva construcción (precisamente en los sitios que más se ven por ser los mejores), inadecuadas o insultantes con el entorno... En fin, defectos y detalles que en su mayoría pueden ser fácilmente corregidos con escasos trabajos y presupuestos bajos. Es evidente que la propia Administración local debe ser la más interesada en procurar la corrección de aquellas construcciones evitables, facilitando al máximo la realización de las

correspondientes obras e, incluso, procurando medios y subvenciones para las mismas, y determinando expresamente las características a seguir en las nuevas obras que se realicen.

Si necesaria y suficiente sería la intervención del Ayuntamiento o incluso de otras Administraciones en tales asuntos de construcción, aún más, muchísimo más, debería serlo la de aquella Administración Local en materia de urbanismo, cuyas competencias tiene legalmente reconocidas. Ella es, en primera instancia la encargada de la planificación y la ordenación del territorio dentro del propio Ayuntamiento.

Y es aquí donde más se "columpian" los alcaldes, al no comprender, o siquiera plantearse, que el progreso de un pueblo rural, nada tiene que ver con la extrapolación de algunas realidades que, como calzadas de asfalto y aceras, son básicas en las ciudades por su enorme tránsito peatonal y rodado, pero que en muchos casos de estos lugares, nada tienen de convertirse en necesarias, y en algunos no son siquiera convenientes y sí del todo, improcedentes y destructivos (en Santiago Millas, por ejemplo).

En tanto que se "olvidan" de cosas tan importantes como eliminar los postes del alumbrado y el entramado de cables aéreos, verdaderas "espinas" de los pueblos que siempre justificarían cualquier inversión necesaria para ello. Como, igualmente, la que fuese precisa para facilitar la instalación de cualquier joven en los lugares más idóneos, en su iniciativa profesional (artesanal, hostelera o de cualquier otro tipo) dentro del núcleo por él elegido, máxime si en él fija su residencia.

Los proyectos de urbanización nunca deben hacerse a espaldas de la opinión pública, sin tener en cuenta las necesidades reales de cuantos componemos estas pequeñas sociedades rurales. Los muchos millones que traen de subvenciones deben utilizarse de manera constructiva, facilitando el progreso de cada localidad en la línea de futuro que se marque. Y las soluciones a cada caso, en cada pueblo y en cada calle deben ser creativas y nada convencionales, que por ende, suelen ser, incluso, más caras.

"Queremos ser pueblo. Esto no es una ciudad".

Sólo así, algunos de los que nos hemos decidido a vivir en un pueblo y, en sí, en el medio rural, no tendremos que empezar a lamentarlo.

* José Reñones es ingeniero técnico agrícola.